

La orientación de la enseñanza secundaria

Después de la reforma que fué llamada *la escuela intermedia*, nada ha venido a agitar de nuevo, en la prensa, en las cámaras, en el libro, la cuestión fundamental de lo que debe ser la enseñanza secundaria en la República Argentina.

Todo el mundo dice a porfía que los colegios nacionales son malos. Las facultades universitarias cierran sus puertas a los bachilleres con los exámenes de ingreso. Los profesores afirman que cada vez es inferior el nivel cultural medio de los alumnos. Sin embargo, fuera de algunos artículos sueltos de diarios, generalmente bien inspirados, el problema no es estudiado por nadie, a punto tal, que si algún maestro europeo viniera al país, sin conocer nuestros antecedentes educacionales, creería que él está resuelto entre nosotros de una manera definitiva y adecuada a las necesidades y aspiraciones reales de la más calificada opinión pública argentina.

Las cosas no debieran continuar por más tiempo así. Nos falta muchísimo para poder decir, por lo menos, que se comienza a querer resolver la grave cuestión. Carecemos de una teoría general de la enseñanza media que descarte, por inconveniente, la designación usual de educación secundaria y determine los límites aproximados de lo que han de ser, dentro de nuestra realidad social, las diferentes instituciones que forman la escala existente entre lo primario y lo universitario, colegios nacionales, escuelas normales, técnicas, industriales, artísticas, culturales, etc. Hemos ido creando establecimientos a medida que eran considerados necesari-

rios, sin preocuparnos ver de qué manera unos y otros crecían al azar de las exigencias del momento. Cada vez que se pensó en un plan de conjunto, el objetivo casi único de la reforma fué el Colegio nacional. La consecuencia ha sido la situación actual de desorientación y de inconnexión.

El Colegio nacional no es hoy una institución educativa por sí misma. Tampoco es realmente preparatoria para la Universidad. No forma bachilleres que obtengan con su título una finalidad definida. No enseña lo suficiente como para que todas las facultades universitarias crean en su eficacia intrínseca. Es un híbrido que carece, como tal, de toda aptitud fecundante.

Su objetivo aparente es doble. Por una parte quiere ser cultural, por otra pretende ser preparatorio. Como es lógico en semejante ensambladura absurda, no logra realizar ninguno de ambos caracteres. Que prepara mal es un hecho demostrado por el examen universitario de ingreso y por su estadística anual de reprobados en las dos facultades que tienen mayor número de alumnos. Que no es cultural es una verdad elemental para todo buen profesor y para cualquiera que lea su vasto plan de estudios, en el que con una plena buena fe se ha puesto cuanto puede caber en la pretensión enciclopedista de sus autores.

Su ineficacia no se debe, en manera alguna, a su profesorado. Por lo menos en lo que concierne a la ciudad de Buenos Aires, que es lo único que conozco bien, su personal docente, por lo general, es bueno y apto para contribuir a realizar una reforma a fondo de los males actuales. La ineficacia no se debe tampoco a la inferioridad mental de los alumnos, porque éstos no son pesados ni torpes, desde el momento que pueden pasar a través de la selva espesa del plan de estudios.

El mal del Colegio nacional consiste en su falta de finalidad realizable. Por haber sido durante mucho tiempo la única institución educativa de la enseñanza media que siempre tuvo entre nosotros, de una manera más o menos encubierta, la aspiración de preparar para los estudios universitarios. Como éstos, a su vez, por una típica y lógica orientación nacional de pueblo joven y rico, sólo fueron

profesionales y no desinteresadamente culturales, la llamada enseñanza secundaria se resintió en toda época de semejante limitación. Por eso fluctuó al azar de las reformas ocasionales del momento.

Su base era de una simplicidad a primera vista convincente. Si el colegio era uno solo y las facultades universitarias, clásicas entre nosotros, tres, su plan de estudios debía comprender lo más posible de matemáticas, lo más posible de ciencias de la naturaleza, lo más posible de literatura, historia y filosofía. Cada especialista vino, en consecuencia, a traerle el aporte de su especialidad. Por si no fuera bastante, cada ministro de Instrucción pública quiso darle, también, una orientación a veces semejante, a veces contraria a la de su propio espíritu. Uno, de formación clásica, que veía en sí mismo cómo la falta de conocimientos metodizados de ciertas ciencias constituía una deficiencia en un sistema educativo de tipo spenceriano, llevó un recio ataque a las letras, que eran el mejor adorno de su interesante personalidad, e impuso un plan en el que tenían un predominio exagerado las disciplinas a que muchos llaman prácticas, entre nosotros, empleando un término absurdo que carece de toda significación real. Otro, de carrera profesional orientada exclusivamente hacia las ciencias de la naturaleza, que comprobaba en sí mismo la ausencia de esos conocimientos literarios e históricos que hacen tan atrayentes en la vida social, en la política, en los congresos a los hombres que han tenido en la juventud una cultura de tipo humanista, se empeñó en implantar un plan que implicaba un retorno a lo clásico, a lo puramente cultural y formativo del espíritu, aunque ello estuviera en contradicción con su propia actuación en la vida universitaria y política del país. Ambos procedieron lógicamente, esto es, queriendo colmar, en los demás, un vacío educativo que en sí mismos notaban, pero procedieron a la manera equivocada de quien pretende regular las cosas humanas de acuerdo con las exigencias exclusivas de su temperamento individual. Cada uno quiso dar a los educandos lo que a él le faltaba y que por una aberración curiosa, consideraba más esencial en la formación espiritual del hombre de mañana. El resultado fué que entre especialistas y ministros el plan de estudios

se convirtió en una frondosa selva enciclopédica vacía de significación, de contenido, de realidad.

El plan que hoy existe, hecho de retazos inconexos, es de una simplicidad desconcertante. Nació de premisas que tienen la sencillez y la evidencia de un cómodo paralogismo. Como todo bachiller puede ingresar en cualquier facultad universitaria, como todo conocimiento es necesario considerado desde un punto de vista especial, como cada profesor no piensa sino en la materia de sus aficiones, se hizo una obra que se parece más al traje de arlequín que a una verdadera teoría educacional. La historia es útil y esencialmente formativa del espíritu; en consecuencia el bachiller debe conocer todo el pasado humano, desde la más remota antigüedad de los pueblos, prehistoria, Oriente, Grecia y Roma, hasta los más cercanos acontecimientos universales del período contemporáneo. El francés es útil; pues francés. El inglés es útil; pues inglés. El italiano, el alemán, el latín son útiles; pues latín, alemán, italiano, sin que nadie se ponga a pensar que si cinco años son insuficientes para aprender bien en el colegio nacional enciclopédico un sólo idioma, va de por sí que el mismo plazo es ridículamente corto para ponerse a enseñar tres o cuatro. Lo mismo sucede con las demás disciplinas. La historia de la literatura se convierte en un programa macizo donde se hace caber, como en un lecho de Procusto, todos los nombres, todas las fechas, todas las obras que se pueden mencionar de memoria, después de un esfuerzo enorme, en los diez siglos de evolución de la lengua española. En química hay que saber la composición, las fórmulas, las cualidades, los aparatos y medios productores de todos los cuerpos de la naturaleza, aunque después de tres meses de vacaciones el alumno no recuerde sino unos cuantos nombres desprovistos de toda connotación.

Esto constituye un inmenso desperdicio de fuerzas. Por querer enseñar la suma de los conocimientos humanos, que hoy no cabrían en el cerebro de Pico de la Mirandola, a muchachos de doce a diez y ocho años, que entran niños en primer año y salen casi hombres de quinto o sexto, no se enseña en realidad nada. La

mayoría de los profesores trabajan con un empeño y un amor admirable, pero no pueden lograr que el examen no sea, según la gráfica expresión de Guyau, « el derecho legal de olvidar ». Después de cinco años de una labor tantálica, el alumno que va a la Facultad de derecho o de medicina debe hacer un nuevo curso de ingreso para volver a aprender — y a olvidar de inmediato, tal vez — historia, filosofía, química y qué sé yo que más.

¿Puede ser esto un ideal educativo? ¿La más elemental psicología no demuestra que un niño menor de quince años no debe estar sometido a un esfuerzo de atención, de memoria, superior al que puede llevar a cabo un hombre hecho? Está en la edad en que el mundo se abre para él como una morada maravillosa de encanto. Un profesor que sepa ver en el alma de sus alumnos, comprueba a cada paso cómo un niño se transforma en otro ser, al pasar de un año a otro. Conserva los signos distintivos de su personalidad física, el nombre y la forma externa, pero todo lo demás cambia, a la manera del fruto magnífico que no siendo sino la transformación primaveral de una flor, es una cosa distinta, de caracteres propios inconfundibles.

Esta es la dificultad mayor que presenta en el mundo entero el problema de la enseñanza media. La primaria, la universitaria, cuentan con un elemento, el niño, el hombre, que por más variedad que ofrezcan, conservan siempre, durante el curso escolar los rasgos esenciales del hombre o del niño, matiz más o matiz menos. El alumno intermedio no. Entra niño y sale hombre. Adquiere conocimientos que son independientes de la edad; mas el juicio necesario para asimilarlos la aptitud para fundir en una unidad la diversidad de principios morales que van poco a poco surgiendo ante su conciencia, a medida que penetra en la selva espesa del estudio y de la vida, son en él procesos que de día en día cambian por la acción profunda y combinada de una pubertad que se abre como una flor y un mundo exterior sensible que se descubre de repente. En ese instante preciso llega a apoderarse de él la enseñanza media. Por eso su fracaso es natural.

Considerado el alumno desde un punto de vista puramente ob-

jetivo, es indudable que puede ser un aparato registrador de la suma de los conocimientos humanos. Todo cabe en él, desde la nomenclatura química hasta una síntesis del pensamiento de Platón. Considerado como un ser que está en el instante divino en que se empieza a vivir en la gloria de un mundo nuevo, un plan de estudios enciclopédico es el mayor desperdicio de fuerzas que sea concebible. Se sabe positivamente que casi ninguno de esos conocimientos le servirá un día en la vida. Se olvidará, después de dar examen, un noventa y cinco por ciento de las cosas aprendidas de memoria o en la sencilla y aparatosa experimentación de un gabinete de física o de química. Cada vez que un alumno entra en una actividad real de la existencia tiene siempre que rehacer, salvo muy pocas excepciones, la base elemental de lo que un día estudió. Casi todo lo habrá aprendido en vano, en un doloroso esfuerzo de memoria de uno o de dos meses de cabo de año, para decirlo en la pequeña dosis de una bolilla de examen, ante una mesa de tres profesores aburridos que no pueden investigar jamás, por sabios que sean, si sabe en realidad quien les está repitiendo el desarrollo de una ecuación o la larga y complicada fórmula de un cuerpo graso.

El Estado, que gasta sumas enormes en colegios, profesores, administración, material de enseñanza, etc., no aprovecha de verdad sino una parte insignificante de su obra. El mismo, por medio de los órganos de la enseñanza superior, las facultades, desprestigia los títulos de bachiller exigiendo un nuevo examen de materias y puntos que ya se han dado por sabidos cuando un alumno fué aprobado meses antes. La razón es sencilla. Todos saben que no se sale sabiendo de la enseñanza media porque lo impiden la edad de los educandos y el enciclopedismo del plan. En vez de remediarlo agravan el mal con nuevos exámenes, cursos preparatorios de ingreso a las facultades, textos especiales para esa prueba, en los que en trescientas páginas se resume la historia universal y otras lindezas. El examen que nadie deja de abominar dogmáticamente se convierte así en una prueba de suficiencia que no prueba nada y a la que todos apelan, sin embargo.

La enseñanza media constituye el más difícil problema de todo sistema educativo general. Si se hace puramente humanista hierre los prejuicios de quienes creen que los pueblos modernos progresan a base del perfeccionamiento técnico de sus industrias. Si se hace decididamente naturalista, esto es, si se convierte en el estudio de las disciplinas de la naturaleza, es indudable que la cultura pública va a sufrir un rudo golpe, pues nadie ignora que ella no nace de las grandes fábricas, ni de los campos bien cultivados, ni de los laboratorios perfectos. Si se hace bifurcada, dando a un grupo de institutos un carácter humanista y a otros naturalista, los partidarios de ambas tendencias quedarán disconformes, pues una parte de la juventud carecerá de la orientación cultural o técnica que presuponen los puntos de vista respectivos. Si se hace humanista y naturalista al mismo tiempo resulta el enciclopedismo actual que es, sin disputa, el peor de los sistemas que sea dado implantar uniformemente en un pueblo.

Necesitamos hacer una revolución en materia de enseñanza media. El plan de estudios, que hasta la fecha ha sido lo fundamental, debe ceder el paso a la única cuestión posible: cuál debe ser el espíritu de la educación llamada secundaria. Para resolverla en forma es menester pensar que no se ha de partir de un fácil paralogismo entre la utilidad y el aprovechamiento cultural de una disciplina dada. Naciones como Estados Unidos que deben su enorme potencialidad económica e industrial a un espíritu público orientado casi exclusivamente hacia el criterio de la utilidad, están, desde años, realizando un esfuerzo admirable para alcanzar un nivel superior de cultura desinteresada. Naciones como Alemania cuya organización universitaria tiende al conocimiento científico puro y no al profesionalismo práctico, como las nuestras, han visto surgir del seno mismo de los gimnasios saturados de filosofía, de literatura, de historia, de griego y de latín, uno de los más formidables industrialismos científicos que haya conocido el mundo. Naciones como Inglaterra que en sus institutos superiores cultiva el cerebro clásico de sus *scholars* y el músculo griego de sus atletas, es la patria por excelencia de la fábrica y del buque,

las dos formas más prácticas de llegar al constante progreso técnico de los productos de la industria.

Si no fuera la simple lectura del plan de estudios actual la prueba más elocuente del mal nacional que está agravando de año en año nuestra enseñanza media, el conocimiento de la resistencia que oponen Europa y Estados Unidos a la implantación de un sistema «no cultural» o antihumanista, bastaría para curarnos de la eterna manía argentina de realizar una educación «práctica» que, en el fondo, se ha resuelto siempre en palabras y no en hechos. Ha habido vez que en todos los colegios nacionales y escuelas normales de la República se implantó de golpe un nuevo sistema de orientación «práctica» o «técnica», en virtud del cual se enseñaban procedimientos industriales, etc., como la galvanoplastia, por ejemplo, no en talleres organizados en forma, sino sencillamente en el pizarrón, con tiza, fórmulas y diagramas. Fracaso tras fracaso ha señalado el camino de esa tendencia. Sin embargo ella no desmayará jamás. Sus defensores no son verdaderamente los técnicos ni los prácticos, sino filósofos, literatos y abogados que quieren desviar a la juventud de las carreras liberales y de la burocracia, encauzándola hacia la fábrica, el taller, la granja, donde se forjará la grandeza económica del país. El propósito sería plausible si no fuera por la evidencia de su inutilidad.

Así como las escuelas normales, a pesar de saberse que no hay puestos vacantes en la institución primaria para cerca de diez mil postulantes diplomados, jamás han contado con tantos alumnos como en el momento actual, lo que demuestra que una evidencia que contraría una aspiración colectiva casi no tiene valor de realidad, así también los colegios nacionales orientados en el sentido del enciclopedismo con fines prácticos de «preparación integral para la vida», como dicen muchos, no han dado otro resultado que su inutilidad para llegar a ser, por lo menos, preparatorios para las facultades que más atraen a la juventud universitaria. Esto es una prueba que no admite réplica.

El profesorado no puede ser mejor de lo que es, por sus calidades presuntivas de título, por su consagración a la tarca docen-

te, por su amplitud de criterio para aplicar cuanta innovación pedagógica fundada se lleve a cabo en alguna parte. Pero no puede trabajar con provecho. Cerebros de niños que deben estar cuatro horas en el colegio y preparar sus clases del día siguiente en sus casas durante otras tantas, que pasan en un día de un profesor de matemáticas a uno de idiomas, a otro de física, a otro de filosofía, etc., hasta agotar las inacabables materias del plan, no pueden emplear otro medio adquisitivo del conocimiento que la memoria. La frase clásica de Montaigne sobre la mente bien llena y bien construída, fracasa lamentablemente en un sistema que sólo puede pretender llenarla como una caja de recortes viejos de diarios, interesantes pero inútiles.

Sobre ese material estamos trabajando para el futuro. ¿Cuándo sucederá la reacción? Es muy difícil preverlo. Hay males que es menester que lleguen hasta el fin para ponerse a remediarlos, aunque con ello se pierda todo el esfuerzo fecundo de una buena y sana generación de hombres jóvenes y capaces.

JUAN P. RAMOS.